

lentos declamadores, cautivando la atención y señoreando los ánimos de la multitud con su elocuencia fogosa? Encuéntrase en todos los puntos de Europa con ardientes oradores que abogan por la causa de la verdad, y conociendo á fondo las pasiones, las ideas, los gustos de la multitud, saben interesarla, conmoverla, dirigirla, haciendo que sirva para defensa de la religion lo que otros pretendieran aprovechar para atacarla. Allí, donde hay la necesidad de resistir al esfuerzo de una secta, allí acuden, allí están: faltos de lazos con el mundo, sin estar ligados á ninguna iglesia particular, á ninguna provincia, á ningun reino, tienen toda la movilidad necesaria para pasar rápidamente de un punto á otro, y encontrarse á debido tiempo en el lugar donde reclamen su presencia necesidades urgentes.

La fuerza de la asociacion, conocida por los sectarios y empleada con tanto éxito, está en los nuevos institutos de una manera admirable. El individuo carece de voluntad propia; un voto de obediencia perpetuo le ha puesto á disposicion de la voluntad ajena; esta voluntad se halla á su vez sujeta á la de otro; formándose de esta suerte una cadena cuyo primer eslabon está en las manos del papa. De modo, que se hallan á un tiempo reunidas la fuerza de la asociacion, y la de unidad en el poder; todo el movimiento, todo el calor de una democracia, y todo el vigor y rapidez de accion de la monarquía.

Se ha dicho que los institutos religiosos de que estamos hablando, habian sido un fuerte sosten de la autoridad de los papas; esto es cierto, y hasta puede añadirse que á no existir ellos, quizás el funesto cisma de Lutero se hubiera verificado tres siglos antes. Pero es necesario convenir en que la fundacion de estos institutos no es debida á proyectos de los papas; no son ellos los que la concibieron, sino hombres particulares que guiados por inspiracion superior, formaban el designio, trazaban el plan, y sujetándole al juicio de la Sede Apostólica, le pedian la autorizacion para realizar la empresa.

Las instituciones civiles, fundadas con la idea de consolidar ó ensanchar el poder de los monarcas, dimanaron ó bien de estos, ó bien de alguno de sus ministros, que identificado en miras é intereses con el poder real, formulaba y ejecutaba el pensamiento del trono; no así en lo tocante al poder de los papas; el apoyo de los nuevos institutos religiosos contribuye á sostenerle contra

los embates de las sectas disidentes; pero el pensamiento de fundarlos no ha salido, ni de los papas ni de sus ministros. Hombres desconocidos se levantaron de repente de en medio del pueblo; en sus antecedentes nada se encuentra que pueda hacerlos sospechosos de previa inteligencia con Roma; su vida entera atestigua que obraron guiados por la inspiracion que surgió en sus cabezas, no consintiéndoles reposo hasta haber ejecutado lo que les prescribia. Para nada entraron ni entrar pudieron designios particulares de Roma; la ambicion no tuvo en esto ninguna parte.

De aquí se infiere para todos los hombres sensatos, una de las dos consecuencias siguientes, á saber, ó que la aparicion de esos nuevos institutos fué la obra de Dios que queria salvar su Iglesia, sosteniéndola contra los nuevos ataques y escudando la autoridad del pontífice romano; ó bien que existió en el Catolicismo un instinto salvador, que le condujo á crear aquellas instituciones que le eran convenientes para salir airoso de la terrible crisis en que se encontraba. A los ojos de los católicos las dos proposiciones vienen á parar á lo mismo; pues que no vemos aquí otra cosa que el cumplimiento de aquella promesa: *sobre esta piedra fundaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*. Los filósofos que no miren los objetos á la luz de la fé, podrán esplicar el fenómeno con los términos que fueren de su gusto; pero no podrán menos de convenir en que en el fondo de los hechos se descubre una sabiduría admirable, la mas elevada prevision. Si se empeñan en no ver aquí el dedo de Dios, en no descubrir en el curso de los acontecimientos mas que el fruto de planes bien concertados, ó el resultado de una organizacion bien combinada, imposible les ha de ser el negar el debido homenaje á esos planes, á esa organizacion; y así como confiesan que el poder del pontífice romano, aun mirado con ojos puramente filosóficos, es el mas admirable de los poderes que se vieron jamas sobre la tierra, así tampoco les será permitido negar que esta sociedad llamada Iglesia Católica, muestra en su conducta, en su espíritu de vida, en su instinto para sostenerse contra los mayores enemigos, el mas incomprendible conjunto que nunca se vió en sociedad alguna. Que esto se llame *instinto*, *secreto*, *espíritu*, ó con otros nombres, poco importa á la verdad; el Catolicismo desafía á todas las sociedades, á todas las

sectas, á todas las escuelas, á que realicen lo que él ha realizado, á que triunfen de lo que él ha triunfado, á que atraviesen las formidables crisis que él ha atravesado. Podrán presentarse algunas muestras en que se remede mas ó menos la obra de Dios; pero los magos de Egipto colocados en presencia de Moisés, encontrarán un término á sus artificios; el enviado de Dios hará milagros á que ellos no podrán llegar; veránse precisados á decir: *Digitus Dei est hic; aquí hay el dedo de Dios.*

CAPITULO XLIV.

AL echar una ojeada sobre los institutos religiosos, que se presentaron en la Iglesia desde el siglo XIII, no hemos hecho mencion detenida de uno, que á mas de ser participante de la gloria de los otros, lleva un carácter particular de sublimidad y belleza, digno sobremanera de llamar la atencion: hablo del instituto cuyo objeto fué la redencion de los cautivos de manos de los infieles. Apellídole en singular, porque no me propongo descender á las diferentes clases en que se distinguió; considero la unidad del objeto, y por esta unidad llamo tambien uno al instituto. Cambiadas felizmente las circunstancias que motivaron dicha fundacion, nosotros podemos apenas estimarla en su justo valor, ni apreciar debidamente la grata impresion y el santo entusiasmo que debió de producir en todos los paises cristianos.

A causa de las dilatadas guerras con los infieles, gemian en poder de éstos un sinnúmero de cristianos, privados de su patria y libertad, y expuestos á los peligros en que su penosa situacion los colocaba á menudo, de apostatar de la fé de sus padres. Ocupando todavia los moros una parte considerable de España, dominando esclusivamente en la costa de Africa, pujantes y orgullosos en Oriente á causa de los reveses sufridos por los cruzados, tenian los infieles ceñido el Mediodía de Europa con una línea muy estendida y cercana, desde donde podian acechar el momento oportuno, y procurarse considerable número de esclavos

vos cristianos. Las revoluciones y vaivenes de aquellos tiempos les ofrecian á cada paso coyunturas favorables; y el odio y la codicia estimulaban de consuno sus corazones á satisfacer su venganza en los cristianos desapercibidos. Puede asegurarse, que era este uno de los gravísimos males que affigian la Europa. Si la palabra *caridad* no habia de ser un nombre vano; si los pueblos europeos no querian olvidarse de sus lazos de fraternidad, y de su comunidad de intereses, era necesario, urgente, tratar del remedio que debia aplicarse á calamidad tan dolorosa. El veterano que en vez del premio de largos servicios hechos á la religion y á la patria, habia encontrado la esclavitud en las tinieblas de una mazmorra; el mercader que surcando los mares para llevar bastimentos al ejército cristiano, habia caido en poder de enemigos implacables, y pagaba su emprendedora osadía cargado de pesadas cadenas; la tímida doncella, que al tiempo de solazarse distraida á las orillas del mar, habia sido alevemente sorprendida y arrebatada por desalmados piratas, como paloma en las garras del azor, todos estos desgraciados tenian derecho sin duda á que sus hermanos de Europa les dispensaran una mirada de compasion, é hiciesen un esfuerzo para libertarlos.

¿Cómo se conseguiria este caritativo objeto? ¿Qué medios podrán emplearse para llevar á cabo una empresa, que ni puede confiarse á las armas, ni tampoco á la astucia? Nada mas fecundo en recursos que el Catolicismo; en presentándose una necesidad, si se le deja obrar libremente, escogitará desde luego los medios mas á propósito para socorrerla. Las reclamaciones y negociaciones de las potencias cristianas nada podrian recabar en favor de los cautivos; nuevas guerras emprendidas por esta causa, aumentarian las calamidades públicas, empeorarian la suerte de los que gimen en el cautiverio, y quizás acrecentarian el número, enviándoles nuevos compañeros de desgracia; los medios pecuniarios, faltos de un punto céntrico de direccion y accion, producirian escaso fruto, y vendrian á desperdiciarse en manos de los agentes subalternos: ¿qué recurso quedaba pues? el recurso poderoso, que tiene siempre á mano la religion católica; su secreto para llevar á cabo las mayores empresas: *la caridad.*

Pero ¿cómo habia de obrar esa caridad? del modo que obran en el Catolicismo todas las virtudes. Esta religion divina que bajada del cielo levanta de continuo el entendimiento del hombre